

El valor doctrinal de los primeros capítulos del Génesis

por Dyson Hague, M. A.

En muchas maneras el Libro de Génesis es el libro más importante de la Biblia. Tiene una importancia primordial pues responde, aunque no con exhaustividad pero suficientemente, las preguntas fundamentales de la mente humana. Contiene la información autoritativa dada a la raza en cuanto a estas preguntas de interés universal: el Ser y Existencia de Dios; el origen del universo; la creación del hombre; el origen de la salvación; la división primitiva de la raza humana; el propósito del pueblo elegido; el tiempo preliminar del programa del cristianismo. En una palabra, en este libro inspirado de comienzos, tenemos una explicación satisfactoria para todo el pecado, la miseria y contradicción en la creación, y en medio de ella la razón del plan de la redención.

O, para plantearlo de otra forma: El Libro de Génesis es la semilla en la cual la planta de la Palabra de Dios se desarrolla. Es el punto de partida del plan Divino para la Edades que se va desarrollando poco a poco. Génesis es el soporte central de la columna de la Revelación Divina. Es la raíz del árbol de las Escrituras inspiradas. Es el manantial del río de los escritos sagrados de la Biblia. Si la base de la columna es quitada, la columna se quiebra y se cae. Si la raíz del árbol es extirpada de la tierra, el árbol se mustiará y se morirá. Si el manantial del río se estanca, el río se seca. La Biblia en su conjunto es como una cadena que cuelga de dos ganchos. El Libro de Génesis es uno de los ganchos; el libro de Apocalipsis es como el otro. Quita cualquier de los dos ganchos y la cadena cae confundida. Si los primeros capítulos de Génesis no son fiables, entonces se perdió también la revelación del comienzo del universo, el origen de la raza, y la razón de su redención. Si se desplazan los últimos capítulos de Apocalipsis, entonces se desconoce la consumación de todas las cosas. Si quitas Génesis, has perdido la explicación del cielo, la primera tierra, el primer Adam y la caída. Si quitas Apocalipsis has perdido la verdad completada sobre el nuevo

cielo y la nueva tierra, el hombre redimido y a Adam en el Paraíso recobrado.

Además: en los primeros capítulos del Libro de Génesis, se tiene un fundamento fuerte y suficiente para los desarrollos siguientes del reino de Dios; el germen y raíz de toda Antropología, Soteriología, Cristología, Satanología, por no mencionar los problemas antiguos y modernos del misterio y culpabilidad del pecado, el mandamiento Divino para el Día del SeÑor, la unidad de la raza, y la institución Divina del matrimonio y de la vida familiar.

Nosotros partimos con Moisés como autor humano del Libro de Génesis y su autenticidad histórica por hechos ciertos. Evidentemente fue aceptado por Cristo el Infalible, nuestro SeÑor y Dios, como histórico, como hecho por un solo autor, y como la obra de Moisés. Fue aceptado por Pablo el inspirado. Fue aceptado universalmente por los líderes del pueblo elegido divinamente inspirados (ver *La Alta Crítica del Pentateuco*, por Green). Dio muestras de su validez ante la Iglesia universal a través de las edades por su realismo y consecuencia, y por lo que se ha denominado su veracidad subjetiva. Nosotros postulamos especialmente la historicidad de los primeros capítulos. No es que solamente sean valiosos, sino que son vitales. Son la esencia de Génesis. El Libro de Génesis no es ni la obra de un teórico ni de un cronista tribal. Menos aún es el producto de algún recopilador o recopiladores anónimos en alguna época desconocida; de una serie de mitos, histórico en la forma pero ahistóricos en realidad. Su apertura es un apocalipsis, una revelación directa del Dios de toda verdad. Salvo que fuera dada en una visión o de otra manera, nos sería imposible de

saber. Pero no es sólo posible sino quizás probable que el mismo SeÑor, Dios, que reveló a Su siervo -mientras estaba en el Espíritu en el día del SeÑor- el Apocalipsis de los eventos humanamente imposibles de conocer y desconocidos acerca de la historia del hombre y de lo que sucederá cuando este cielo y este mundo hayan pasado, hubiera también revelado a Su siervo, estando en el Espíritu, el apocalipsis de los eventos humanamente desconocidos e imposibles de conocer que transcurrieron antes de que comenzara la historia de este mundo.

Se ha postulado que el principio y el final de todas las cosas están escondidos de la ciencia. La ciencia tiene que ver con fenómenos. Y allí donde la ciencia tiene que confesar su impotencia, allí es donde la revelación da un paso hacia delante, y, con la autoridad de Dios, revela aquellas cosas que están por encima de la ciencia. El comienzo del Génesis es, por lo tanto, una narrativa divinamente inspirada de los hechos que a Dios le pareció necesarios para establecer los fundamentos para la ley Divina en la esfera de la vida humana, y para exponer la relación entre el Creador omnipotente y el hombre que cayó, y la raza que había de ser redimida por la encarnación de Su Hijo.

El concepto racionalista alemán, que se ha adentrado en miles de mentes más o menos cristianas en su ortodoxia, es que estos primeros capítulos son un cuerpo de tradiciones antiguas de la mente oriental-semítica. Otros van más lejos todavía, y no sólo les niegan el ser el producto de la mente reverente y religiosa hebrea sino que aseveran que solamente eran leyendas orientales, no nacidas de lo alto y de Dios, sino nacidas en el Este, y probablemente en la Babilonia pagana.

Nosotros, por lo tanto, quisiéramos postular las siguientes proposiciones:

1. El Libro de Génesis no tiene valor doctrinal si no es autoritativo.
2. El Libro de Génesis no es autoritativo si no es cierto lo que dice. Pues si no es historia, no es fiable; y si no es revelación, no es autoritativo.
3. El Libro de Génesis no es cierto si no es de Dios. Pues si no es de Dios, no es inspirado; y si no es inspirado, no posee ningún valor doctrinal para nosotros.
4. El Libro de Génesis no es directamente de Dios si es una recopilación heterogénea de folklore mitológico de escritores desconocidos.
5. Si el Libro de Génesis es una narrativa legendaria, anónima, errónea sin definir, y las personas que describe son meras personificaciones míticas de la creatividad tribal, entonces queda claro que ni es genuino ni cierto, pues es imposible de comprobar su fiabilidad, y en definitiva es base insuficiente para formar doctrina. El residuo de verdad dudosa, que podría extraerse en varios grados, nunca podría ser aceptado como fundamento para la estructura de la doctrina eternamente fiable, pues asumimos que lo único que tiene valor doctrinal es aquello que es Palabra de Dios. La ficción mítica y legendaria, más aún, la tradición errónea y engaÑosa, son incompatibles no sólo con el carácter del Dios de toda la verdad, sino con la veracidad, fiabilidad y absoluta autoridad de la Palabra de Dios. No hemos tomado como credenciales unos mitos astutamente concebidos. Los documentos primarios, si tales existieron, fueron recopilados y revisados y reescritos por Moisés por y bajo la inspiración de Dios.

Una frase de *Líneas de Defensa*, de Margoliouth, merece un nuevo escrutinio. No haría falta una oportunidad, dijo el profesor de Oxford, de poder medir la habilidad y destreza de aquellos que han abandonado su confianza en aquel antiguo bastión de generaciones, la autenticidad de las Escrituras (p. 293). Quizás preferiríamos plantearlo de la siguiente manera. Los cristianos de esta generación deberían tener más oportunidades de no sólo evaluar la capacidad, sino también de medir las cualificaciones espirituales de una escuela crítica que se ha caracterizado a gritos por su entusiasmo antimilagroso, y acogida y asimilación de cualquier conclusión que pudiera proceder de alguna fuente racionalista que milita contra la autenticidad histórica de Génesis.

Los cristianos están cediendo demasiado terreno actualmente ante el científico agnóstico y el racionalismo del hebraísta, y cuando dichos filósofos se salen de su campo sin encontrarse con la protesta del cristiano, ¿quién si no el cristiano es culpable? Las ideas que asumen estos filósofos deben ser observados con la mayor vigilancia y celo (ver Gladstone, *La Roca inexpugnable de las Sagradas Escrituras*, pp. 62-83).

Pero sigamos. El Libro de Génesis es el fundamento sobre el cual descansa la totalidad de la estructura de las Escrituras. El fundamento de los fundamentos está en los primeros tres capítulos, que forman en sí mismos un monógrafo completo de revelación. Y de esta subestructura final, los primeros tres versículos del primer capítulo son el fundamento.

Con tales palabras de grandiosa sobrenaturalidad en el primer versículo de Génesis, tenemos una revelación de Dios como la primera causa: el Creador del universo,

del mundo y del hombre. Dios, el glorioso Ser, surge sin explicación, sin apología ni aclaración. Es una revelación del Dios uno, personal, viviente. En las filosofías antiguas sobre el origen del universo no hay rastro alguno del concepto de tal clase de Ser, menos aún de tal clase de Creador, pues todos los demás sistemas comenzaron y terminaron con concepciones panteístas, materialistas o hilozoísticas. La Palabra Divina sobresale como única al declarar la idea absoluta de un Dios vivo, sin ningún intento de demostrar ese hecho. La espiritualidad, infinidad, omnipotencia y santidad del Ser Divino: todo yace allí como semilla germinal. No, sino más aún. Se puede decir que aquí yace como semilla germinal la doctrina de la unidad de Dios en la Trinidad, posteriormente revelada en todos sus detalles. Aquella profundísima y final revelación está envuelta aquí en lo primero y principal. El hecho de Dios, en el comienzo del Génesis, no se da como deducción de la razón o generalización filosófica: es una revelación. Es una revelación de aquella verdad primaria que es recibida por la mente humana universal como verdad que no necesita pruebas, y que es capaz de aceptarla, pero que al ser recibida, es verificada ante la mente inteligente por la mente inteligente, a través de una fuerza irresistible, no sólo con argumentos ontológicos y cósmicos, sino también con argumentos teleológicos y morales. Aquí tenemos, en este primer versículo de Génesis, no sólo un postulado aparte de la Revelación, sino tres grandes verdades que han constituido la gloria de nuestra religión.

(1) La Unidad de Dios. En contradicción a todos los politeísmos y dualismos de la filosofía y paganismo moderno o antiguo.

(2) La Personalidad de Dios. En contradicción a aquel panteísmo, sea materialista o idealista, que reconoce la cercanía de Dios en el mundo, pero niega Su trascendencia. Pues en todas sus evoluciones multitudinarias, el panteísmo tiene esta distinción peculiar, que niega la personalidad de Dios, y excluye del mundo vivo la necesidad de un Mediador, un Sustituto por el pecado y un Salvador personal.

(3) La Omnipotencia de Dios. En contradicción, no sólo a aquellas concepciones denigrantes de los dioses antropomórficos del mundo antiguo, sino también a todos los ídolos de talla humana que millones de paganos adoran actualmente. Dios hizo las estrellas y los soles que, en su amor ciego e infatuado, quisieran adorar. Así pues, contradiciendo todas las concepciones y evoluciones humanas, se alza, no un mero abstracto deísta, sino el único y sólo Dios, verdadero y vivo. Se le nombra por el nombre Elohim, el nombre de la Majestad Divina, el Ser Adorable, nuestro Creador y Gobernador; el mismo Dios quien en unos pocos versículos más tarde es revelado como Jehová-Elohim, Jehová siendo el nombre que le relaciona con Sus Pactos, el Dios de revelación y gracia, el SeÑor Eterno en Su Existencia, el Dios y Padre de todos nosotros (Green, *La Unidad de Génesis*, pp. 31-32; *Enciclopedia Bíblica de Fausset*, p. 258).

Una de las teorías del modernismo es que la ley de la evolución se puede ver a través de la Biblia en el desarrollo de la idea de Dios. ¿El desarrollo de la idea de Dios? Hay una revelación expansiva, cada vez más rica y completa de los atributos y procederes y caminos y obras

de Dios; pero no de la idea de Dios. El Dios de Génesis 1:1 es el Dios de Salmo 90, de Isaías 40:28, de Hebreos 1:1 y de Apocalipsis 4:11.

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Aquí, en una sublime revelación, se encuentra el fundamento doctrinal de la creación del universo, y la contradicción de las concepciones antiguas y modernas de la eternidad de la materia. Sólo Dios es eterno.

Bien puede uno creer la historia de un erudito japonés que tomó un libro extraño, y con maravilla leyó la primera frase: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Le chocó el hecho de que en aquella frase sola había más filosofía de carácter teológico, que pudiera satisfacer la mente y el alma, que en todos los libros sagrados del Oriente.

Esa única frase separa la Escrituras de los demás productos humanos. La filosofía más sabia de los antiguos, sea platónico-aristotélica o gnóstica, nunca alcanzó la concepción de un mundo creado por Dios en el sentido de una creación absoluta. Fuera de la Biblia no se puede encontrar ningún registro acerca del origen del cosmos que incluya la idea de que Dios creara los cielos y la tierra como acto de Su voluntad y como decreto de Su Personalidad eterna. *Ex nihilo nihil fit*. El cénit alcanzado por sus especulaciones filosóficas fue un tipo de teoría atómica: que de átomos cósmicos y gérmenes y huevos poseídos de fuerzas inexplicables de desarrollo surgió el cosmos actual a través de largos períodos evolutivos. También se creía casi de manera universal que la materia ha existido desde la eternidad. La Biblia enseña que el universo no fue causa *sui* ni una mera evolución pasiva de Su naturaleza, ni una mera transición de

una forma de existencia a otra, de la no-existencia a convertirse en ser existente, sino que fue una creación directa del Dios personal, vivo y activo, que creó todas las cosas de la nada, por el decreto de Su voluntad, y por la instrumentalidad del eterno Logos. En glorioso contraste a la ciencia agnóstica con su credo lamentable: "Creo que detrás y por encima y alrededor del fenómeno de la materia y energía está el misterio sin resolver del universo", el cristiano alza su triunfante solución: "Creo que en el principio Dios creó los cielos y la tierra" (Jn 1:1-3; He 1:1; Col 1:16). El primer versículo de la Biblia es una prueba de que el Libro es de Dios.

También sucede lo mismo con los versículos que siguen al primero. Evidentemente, Génesis no es historia científica. Es un relato escrito para mostrar a la humanidad que el mundo fue hecho por Dios para que fuera habitada por el hombre, y que se fue formando paso a paso para el uso de los hijos de Dios. Así pues, el proceso sublime de creación registra los pasos sucesivos, partiendo del caos sin forma que contenía en condición embrionaria todos los elementos básicos, sea químicos o mecánicos, aire, tierra, fuego y agua. Génesis los relata en el siguiente orden:

1. La creación mediante un acto directo de Dios de la materia en sus formas gaseosas, acuosas, terrestres y minerales (Gé 1: 1-10; cf. Col 1:16; He 11:3).
2. Surgen, por el poder creativo de Dios, las formas más bajas de vida marina y terrestre (Gé 1:11-13).
3. La creación, por un acto directo de Dios, de las formas más altas de vida, acuática y terrestre; los grandes monstruos marinos y reptiles gigantescos -el sheretjim y el tanninim- (Dawson, *El*

Origen del Mundo, p. 213; Gé 1:20-21).

4. Surgen, por el poder creativo de Dios, los animales terrestres de organización más compleja: los herbívoros y los mamíferos y carnívoros más pequeños (Gé 1:24-25).

5. Y finalmente, la creación del hombre por medio de un acto de Dios (Gé 1:26, 27). No el primero sino el último. El último para quien fue creado lo primero, como el poeta Browning lo expresa. En este punto encontramos la comparabilidad de Génesis y la ciencia, pues este orden sublime es justamente el orden que han estado aseverando los científicos más eminentes del siglo XIX y XX.

También es interesante que la palabra hebrea para expresar una creación absolutamente nueva solamente se usa en conexión con la introducción de la vida (Gé 1:1,2,27). Estos tres puntos donde las Escrituras introducen la idea de una creación absolutamente nueva son los mismos tres puntos básicos en los que los campeones de la evolución hallan un muro infranqueable a sus intentos de conectarlas.

Proseguimos aseverando que, en esta revelación sublime, tenemos la doctrina fundamental para el comienzo de la humanidad.

El hombre fue creado, no evolucionó. O sea, no provino de una masa protoplasmática, ni de algún fermento marino, ni por descendencia de pez ni rana ni caballo ni simio; sino que surgió de la mano Divina instantánea, directa y completamente hecho. Cuando lees lo que dicen algunos escritores, profesadamente religiosos, acerca del hombre y sus orí-

genes bestiales, inconscientemente tus hombros decaen, tu corazón se enferma y difícilmente levantas cabeza. Tu dignidad como humano ha sufrido un duro golpe. Pero cuando lees Génesis, tus hombros se cuadran, tu rostro brilla con dignidad. Te sientes orgulloso de ser aquello que se llama hombre. Tu corazón y cabeza se levantan con nuevo ímpetu.

La Biblia se planta abiertamente en contra del desarrollo evolutivo del hombre, y su ascensión gradual a través de edades indefinidas desde lo animal. No está en contra de la idea del desarrollo de los planes del Creador en la naturaleza, ni de una variación de las especies en medio de su entorno y en el proceso del tiempo. Esto se observa en el Génesis, a través de la Biblia y en el mundo. Pero la Biblia sí se levanta abiertamente en contra de esta teoría rimbombante que asevera que todas las especies, sean de origen vegetal o animal, evolucionaron de formas bajas a través de largos procesos naturales. Para el cristiano el enfoque materialista de esta teoría es altamente ofensivo. De hecho, sustituye a Dios por una célula protoplasmática con capacidad para engendrar todo lo que hay. Más aún, incluso la teoría teísta evolucionista se opone a la Biblia y a la Ciencia por las siguientes razones:

1. No existe tal ley universal de desarrollo. Al contrario, la evidencia científica ahora está a favor del deterioro progresivo. La flora y la fauna de este último período no muestra rastro alguno de mejora, e incluso el hombre, orgulloso como es, no ha mejorado nada que se pueda notar desde los albores de la historia. Los restos más tempranos encontrados por la arqueología en Egipto, Asiria y Babilonia no muestran un surgimiento lento de la barbarie.

Que las especies puedan ser mejoradas artificialmente es una realidad, pero eso no equivale a la transmutación de especies (Dawson, *El Origen del Mundo*, pp. 227-277).

2. Nunca se ha descubierto ningún tipo nuevo. La ciencia está proclamando a gritos la verdad de Génesis 1:11, 12, 21, 24, 25 "según su género"; o sea, especie por especie. La geología, con sus quinientas especies o más de ganoides, proclama el hecho de la no transmutación de las especies. Si los estratos, como aseveran, cuentan la historia de edades incontables; es extraño que durante todas esas incontables edades el trilobites nunca produjo nada que no fuera un simple trilobites, y un amonites jamás produjo nada que no fuera un amonites. Las complejas excepciones artificiales de la ciencia moderna sólo sirven para confirmar la norma establecida (ver Townsend, *El Colapso de la Evolución*).

3. Tampoco hay ningún rastro de una transmutación de especies. El hombre se desarrolla de una sola célula, y según dicen la célula de un mono no se puede distinguir de la célula humana. Pero el hecho de que la célula humana produce un hombre y la célula de un mono produce un mono demuestra que hay una diferencia inmensurable entre ellas. Y el desarrollo de una célula hasta convertirse en un hombre no tiene nada que ver con la evolución de una especie hasta convertirse en otra. "Para la ciencia, las especies son unidades prácticamente incambiables" (*El Origen del Mundo*, pp. 227). El hombre es la única especie en su género, y el único representante de su especie. Se dice que el abandono de cualquier tipo original

va seguido prontamente por la extinción de la familia.

4. Tampoco se ha encontrado el eslabón perdido. El difunto Robert Etheridge del Museo Británico, director del departamento geológico, y uno de los mejores paleontólogos británicos, ha dicho: "En todo aquel gran museo no existe ni una mota de evidencia sobre la transmutación de las especies. El noventa por cien de las habladurías de los científicos no está basado en la observación, y no está apoyado de ninguna manera por los hechos y datos reales". Y alguien asevera haber oído esta declaración vehemente del Profesor Virchow sobre la evolución: "Eso es todo un montón de tonterías. Estáis tan lejos como siempre en vuestros intentos de establecer una conexión entre el hombre y el simio". Hay una gran cisma entre la teoría de la evolución y el sublime texto de Génesis 1:26,27. Estos versículos le dan al hombre su verdadero lugar en el universo como la consumación de la creación. Hecho del mismo polvo del suelo, y creado en el mismo día que el grupo más alto de los animales, el hombre tiene afinidades fisiológicas con la creación animal. Pero fue hecho a la imagen de Dios, y por lo tanto es trascendentalmente superior a cualquier animal. Hace muchos años, el gran científico francés De Quatrefages, dijo: "El hombre es un caminador, el mono es un escalador". Mil cosas hace un hombre cada día que un mono no podría hacer si las intentara hacer durante diez mil años. El hombre tiene facultades de diseñar, controlar, ordenar, construir y gobernar. El hombre tiene personalidad, entendimiento, voluntad, conciencia. El hombre está capacitado para conocer

y relacionarse con Dios, y para adorar a Dios. El relato del Génesis sobre el hombre es la única base posible de revelación. La revelación de lo que es ser padre, de lo hermoso, lo veraz, lo bueno, de la pureza, la paz; todo es impensable para un caballo, un perro o un mono. El simio más civilizado no podría tener afinidad a tales ideas. No hay posibilidad de que pudiera engendrar tales conceptos, o de recibirlos si le fueran revelados. Es, además, la única base racional para la doctrina de la regeneración contra la idea de la evolución del carácter humano, y de la gran doctrina de la encarnación. El hombre, creado una vez a la imagen de Dios, por el poder regenerador del Espíritu Santo nace de nuevo y es hecho a la imagen de Dios Hijo.

Además, en esta sublime revelación de Génesis tenemos la base para la doctrina de:

1. La unidad de la raza humana.
2. La caída del hombre en el pecado.
3. El plan de la redención.

En cuanto al primer punto. Sir William Dawson ha dicho que la Biblia sólo sabe de un Adam. Adam no fue un mito, ni un nombre étnico. Él fue un hombre de verdad, hecho por Dios; no un ser evolucionado, desarrollado de un antropoide peludo en cierto continente imaginario de Lemuria. La Biblia sólo sabe de una especie de hombre, de una pareja primaria. Esto lo confirmó el Señor Jesu-Cristo en Mateo 19:4. Fue reafirmado por Pablo en Hechos 17:26, sea cual sea la lectura que escoja, y en Romanos 5:12; 1 Corintios 15:21,47,49. Tampoco hay base para suponer que la palabra Adam se use en un sentido colectivo, y de ahí dejar lugar para las hipótesis del desarrollo evolutivo

de una gran cantidad de parejas humanas. Ambas cosas tanto en la fisiología como en la etnología, además de otras ciencias que tendrían que ver con el tema, confirman la unidad de la raza humana (Saphir, p. 206).

En cuanto a la caída del hombre. La base de la hamartiología y la antropología está ligada a estos tres capítulos de Génesis, pues nos enseñan que el hombre fue creado en su origen para tener comunión con Dios, y fuera su ser dicotómico o tricotómico, él como humano estaba totalmente capacitado para una amistad y comunión personal e inteligente con su Hacedor, y estaba unido con Él en los vínculos del amor y del conocimiento. Cada elemento de la historia bíblica se certifica a sí misma como narrativa histórica. Puesto en Edén por su Dios, con un trabajo que hacer, y una orden-prueba, el hombre era perfecto en potencia, pero con la posibilidad de caída. El hombre cayó, aunque era la voluntad de Dios que el hombre se levantara de aquella *posse non peccari* humana como agente de libre albedrío hasta el *non posse peccari* Divino (Augustín, *De Civitate Dei*, Libro 22, cap. 30). El hombre cayó por la desobediencia, y por el poder de un engañador sobrenatural llamado aquella serpiente antigua, el diablo y Satanás, quien desde Génesis 3 hasta Apocalipsis 19 aparece como el enemigo implacable de la raza humana, y la cabeza de aquel grupo de ángeles caídos que abandonaron su primera posición por el pecado del orgullo.

Esta historia es incomprensible si sólo es un mito. El gran teólogo holandés, Van Oosterzee dice: "La narrativa se presenta a sí misma con la sencillez de lo que es historia. Tal clase de ropaje histórico-fantástico de una idea puramente filosófica

concuenda poco con el espíritu genuino de las antigüedades de los judíos" (Dog. ii, p. 403). Aún más incomprensible es la narrativa si, siendo meramente una alegoría sobre un fruto, una serpiente, una mujer, un árbol, comer, etc., hiciera referencia a cosas diferentes a las que se mencionan en la Biblia. Es verdadera historia. Jesús lo trata como tal, y sin duda Él no se equivocaría en Su identificación de un mito o una historia verídica; y el apóstol Pablo, que sin lugar a duda no tejió Romanos 5 y 1 Corintios 15 con fábulas ingeniosas. Es la única explicación satisfactoria para la corrupción de la raza. La muerte ha reinado desde los días de Adam.

No obstante, esta narrativa acerca de la caída se alza como una barrera contra todo maniqueísmo, contra todo aquel pelagianismo que declara que el hombre al fin y al cabo no es tan malo, y se mofa de la doctrina del pecado original contenida en todas las confesiones de nuestras iglesias: que cada humano desde su nacimiento está en posesión de esta naturaleza pecaminosa (ver, ej., Art. IX de "La Iglesia Anglicana"). La penalidad y el horror del pecado, la corrupción de nuestra naturaleza humana, y desesperación de nuestro estado pecaminoso son temas claramente estipulados en las Sagradas Escrituras, y son deducciones del apóstol inspiradas divinamente de este hecho de la entrada del pecado y de la muerte a través de la desobediencia y de la caída de Adam, la cabeza original de la raza humana. La raza está en una situación pecaminosa (Ro 5:12). La humanidad es una unidad solidaria en este sentido. Como la rama, la hoja y el fruto viven en y por la raíz, así en Adam, como dice Anselmo, una persona hizo pecaminosa a su naturaleza, en su posteridad su naturaleza hizo pecaminosa

a los hombres. Pascal lo expresó excepcionalmente bien: "El pecado original es una necesidad a los ojos del hombre, pues sin ello, ¿quién podría haber dicho lo que el hombre es? Toda su condición depende de este punto imperceptible" (*Pensamientos*, cap. XIII-11). Esta historia del Génesis es, además, el fundamento de la doctrina de las Escrituras en cuanto a toda responsabilidad humana y su rendimiento de cuentas ante Dios. Una antropología rebajada siempre significa una teología rebajada. Pues si el hombre no fue una creación directa de Dios, si fue un mero desarrollo indirecto por medio de procesos lentos y dolorosos de quién sabe qué, cómo, por qué, y cuándo, entonces se acabó el marco principal de rendir cuentas ante Alguien sobre temas morales. En fechas recientes, el profesor D. A. Curtis dijo: "El concepto fatalista de la vida moral y personal del ser humano es el regalo mortífero de la evolución naturalista a nuestra era.

En cuanto a nuestra redención, el tercer capítulo de Génesis es la base de toda Soteriología. Si no hubo caída, no hubo condenación, ni separación y ninguna necesidad de reconciliación. Si no hay necesidad de reconciliación, no hay necesidad de redención; y si no hay necesidad de redención, la Encarnación fue un hecho innecesario, y la crucifixión una necesidad (Gá 3:21). El apóstol Pablo entrelaza la caída de Adam con la muerte de Cristo de tal forma, que sin la caída de Adam la ciencia de la teología es vaciada de su característica más destacada, la propiciación. Si el primer Adam no fue hecho un alma viviente y cayó, entonces no hay razón para la obra del Segundo Hombre, el SeÑor que vino del cielo. El rechazo de la historia de Génesis como mito, tiende al rechazo del Evangelio de la salvación.

Se quita una de la piedras angulares de la doctrina cristiana, si es abandonada la realidad histórica de Adam y Eva, pues la caída siempre permanecerá en el punto de partida para la revelación especial, de la salvación por gracia y de la necesidad de la regeneración personal. En ella yace la semilla de todo el Evangelio apostólico.

Finalmente, tenemos en Génesis 2 el fundamento doctrinal de aquellos grandes fundamentales, la necesidad del trabajo y empleo, el descanso del Día del Señor, la ordenanza divina del matrimonio y la vida familiar de la humanidad. El día semanal de descanso fue provisto para el hombre por su Dios, y está implantado al principio mismo de la revelación como ordenanza divina, así como también el matrimonio y el hogar. Nuestro Señor Jesu-Cristo acredita la narrativa Mosaica de la creación de Adam y Eva, se refiere a ella como la explicación de la Voluntad Divina en cuanto al divorcio, y apoya con Su propio sello infalible una de las cuestiones éticas más importantes: la monogamia. Así pues, los grandes elementos de la vida tal y como lo quiso Dios, los tres factores universales de la vida feliz, sana y útil, la ley, el empleo, el amor, todas están instituidas en el principio del Libro de Dios.

Otras tres características interesantes en los primeros capítulos de Génesis merecen una breve reflexión.

La primera característica es que Génesis asevera la unidad original del idioma de la raza humana (Gé 11:1) Max Müller, un etnólogo y filólogo altamente reconocido, declara que todas nuestras lenguas, a pesar de sus diversidades, tienen que haber originado de una fuente común (ver Saphir, *Unidad Divina*, p. 206; Dawson, *El Origen del Mundo*, p. 286; Guinness, *El Programa Divino*, p. 75).

La segunda característica es que aquel milagro de profecía etnológica por Noé en Génesis 9:26,27, en el que se nos predice en un resumen sublime las tres grandes divisiones de la raza humana, y sus destinos históricos. Las tres grandes divisiones: la camítica, la semítica y la jafética. Estos son los tres grupos étnicos de toda la raza humana agrupados por la ciencia moderna. Los hechos de la historia han corroborado lo que fue predicho en Génesis hace cuatro mil años. Las naciones camíticas, incluyendo la caldea, la babilónica y la egipcia fueron naciones corrompidas, profanas y sensuales. Las semíticas han sido las religiosas con la línea del Mesías que vino. Las jaféticas han sido las grandes razas dominantes, incluyendo todas las grandes monarquías mundiales, sea de los tiempos antiguos como modernos, los griegos, romanos, godos, celtas, teutónicos, británicos y americanos, y por recientes investigaciones y descubrimientos, las razas de la India, China y Japón. Así fue que Cam hijo de Noé perdió todo imperio hace ya siglos. Sem y su raza la adquirió ética y espiritualmente a través del Profeta, Sacerdote y Rey, el Mesías, mientras que Jafet, en su abarcamiento mundial y supremacía imperial, ha representado el dominio industrial, comercial y político.

La tercera característica es la promesa gloriosa dada a Abraham, el hombre a quien el Dios de gloria apareció y en cuya simiente, personal y encarnada, el mundo entero había de ser bendecido. La personalidad de Abraham es la explicación del monoteísmo de las tres grandes religiones del mundo. Como persona en toda la historia del mundo, dice Max Muller, Abraham se alza el segundo en

majestad, detrás de sólo un Hombre. Aparte de esa promesa la historia milagrosa de la raza hebrea es inexplicable. En él se centra, sobre él cuelga, el hecho central de todo el Antiguo Testamento, la promesa del Salvador y Su gloriosa salvación (Gé 11:3; 22:18; Gá 3:8-16)

Por lo tanto, en una edad cuando los críticos levantan sus ideas temerarias y aseveran certidumbres en cuanto a sus excéntricas hipótesis, los cristianos deberíamos alzarnos con coraje, conteniendo fervientemente por los resultados asegurados de la revelación de los primeros capítulos de Génesis.

El intento del modernismo de salvar lo sobrenatural en la segunda parte de la Biblia, mitificando lo sobrenatural en la primera parte, es tan poco sabio como fatal. En vez de rebajar la nota dominante de fe en medio de un coro de dudas, admitiendo que un capítulo es dudoso porque algún estudioso lo haya puesto en entredicho, o que una doctrina es menos genuina porque alguien ha sacado al vuelo una hipótesis que no se puede verificar, sería mejor plantarnos en nuestro territorio con tales

hombres como Romanes, Lord Kelvin, Virchow, y Liebig, en sus ideas de un Poder Creador, y ponernos al lado de Cuvier, el eminente científico francés, que dijo que Moisés, que aunque fue criado en toda la ciencia de Egipto, fue superior a su era, y nos ha dejado una historia del origen del universo, la exactitud de la cual se verifica a sí misma cada día de manera razonable. Y también Sir William Dawson, eminente científico canadiense, que declaró que las Escrituras en todos sus detalles no contradicen ninguno de los resultados recibidos de la ciencia, pero anticipa muchos de sus descubrimientos; y el profesor Dana, el eminente científico americano, que dijo, después de examinar los primeros capítulos de Génesis como geólogo: "Encuentro que está perfectamente de acuerdo con la ciencia conocida". O, mejor que toda opinión errable, es mejor escuchar a Aquel que dijo: "*Porque si vosotros creyeseis a Moisés, creeríais a mí; porque de mí escribió él. Y si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?*" (Jn 5:46, 47).

(Traducción: Kevin Kenney)

Declaraciones Doctrinales

Confesión de Londres de 1644

IV

En el principio Dios hizo todas las cosas muy buenas; creó al hombre según su propia imagen, lleno con todas las perfecciones de su carácter, y libre de todo pecado; pero el hombre no duró mucho en este honor. Satán usó la ingeniosidad de la serpiente para persuadir primero a Eva y luego por medio de ella sedujo también a Adán; quien sin ninguna coerción de nadie, al comer el fruto prohibido, desobedeció el mandamiento de Dios y cayó del estado en el cual fue creado. Por lo tanto, la muerte vino sobre toda su descendencia; quienes ahora son procreados en pecado, y por naturaleza son los hijos de la ira, los siervos del pecado, los súbditos de la muerte, y sufren otras adversidades en este mundo, y esto para siempre a menos que el Señor Jesucristo los libere.

Gé 1:1; Col 1:16; Isa 45:12; 1 Co 15:45,46; Ecl 7:29; Gé 3:1,4,5; 2 Co 11:3; 1Tim 1:14; Gá 3:22; Ro 5:12,18,19; 6:22; Ef 2:3.

Confesión de Londres de 1689

La Creación

1. En el principio agradó a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,¹ para la manifestación de la gloria de su poder,² sabiduría y bondad eternas, crear o hacer el mundo y todas las cosas que en él están, ya sean visibles o invisibles, en el espacio de seis días y todas muy buenas.³

¹Jn 1:2,3; He 1:2; Job 26:13; ²Ro 1:20; ³Col 1:16; Gé 1:31 1

2. Después que Dios hubo creado todas las demás criaturas, creó al hombre, varón y hembra,⁴ con alma racional e inmortal,⁵ y en toda manera posible les preparó para una vida en armonía con él. Fueron creados a su imagen, dotados de conocimiento, justicia y santidad verdadera,⁶ teniendo la ley de Dios escrita en su corazón,⁷ y dotados del poder de cumplirla; sin embargo, había la posibilidad de que la quebrantaran dejados a la libertad de su voluntad que era mudable.⁸

⁴Gé 1:27; ⁵Gé 2:7; ⁶Ecl 7:29; Gé 1:26; ⁷Ro 2:14,15; ⁸Gé 3:6

Además de esta ley escrita en su corazón, recibieron el mandato de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal,⁹ y mientras guardaron este mandamiento, fueron felices, gozando de comunión con Dios, y teniendo dominio sobre las criaturas.¹⁰

⁹Gé 2:17 3 ¹⁰Gé 1:26,28

Edicions Cristianes Bibliques

Apartat 10.053

08080/Barcelona-Catalunya (España)